

lladiego, pero le atraparán... Han enviado á todas partes su filiación, y los gendarmes le siguen los pasos.

V

—¡Tened mucho cuidado! —murmuró al día siguiente Norina, dirigiéndose á Gordal, que pasaba á su lado conduciendo unos troncos en la carretilla. — ¡Ayer, cuando dejásteis caer nuestra escudilla, me disteis muy mal ratol... Si os aturdis así desde luego, el Champañés, que es astuto como una garduña, olfateará nuestro secreto y no dejará de servirse de él en contra vuestra.

—No puedo ver ya á ese hombre; le detesto, contestó Gordal.

—No importa; es preciso presentarle buena cara... Es mejor para amigo que para enemigo.

Gordal prometió ser prudente y hasta halagar al Champañés, por ser el encargado de dirigirle en el oficio. Pero se hubiera creído que el Champañés estaba prevenido en contra del nuevo huésped del taller. Buscaba siempre el medio de cogerle en falta. Aunque sabía muy bien que Gordal era aún nuevo en el oficio, le confiaba lo más difícil del trabajo, y cuando el desgraciado echaba á perder un trozo de madera, ó daba mal el corte con la herramienta, el Champañés llamaba al tío Vincart y le muestra-

ba lo que el muchacho había hecho, diciéndole que aquel aprendiz no dejaría nunca de ser torpe.

Norina, por su parte, á fin de suavizar el mal humor del Champañés, se había propuesto mostrarse menos áspera con él y no acoger como antes, con sofiones, las impertinentes galanterías de aquel á quien ella llamaba *el bizco*. Pero esto no dió resultado alguno en provecho de su protegido. Viendo que no se le rechazaba como antes, el Champañés atribuyó este cambio á su linda cara y se imaginó que Norina principiaba á suavizarse. Entonces se mostró más atrevido en sus persecuciones, llegando bien pronto á hacerse insoportable. Norina no podía encontrarse á solas con él sin exponerse á sus brutales propósitos. Un día se le acabó la paciencia y se incomodó, tratando con sequedad al odioso bizco, volviendo desde entonces á sus ásperos y despreciativos tratamientos. Este cambio irritó violentamente al vengativo Champañés y despertó sus sospechas, un momento adormecidas.

Los celos desarrollan en aquellos de quienes se apoderan una sutil perspicacia y dan á los sentidos de la visión y del oído una agudeza propia de los físicos. El Champañés percibía en el taller del tío Vincart una atmósfera amorosa que le ponía fuera de sí. Expiaba á los dos muchachos y adivinaba antes que ellos la naturaleza del sentimiento, aun inconsciente, que les inclinaba el uno hácia el otro. A partir

de este momento, sus deseos frustrados, su vanidad herida, engendraron en él el odio del cual fué la víctima el infortunado Gordal.

El oficial del almadrero, aguzando el ingenio para hacerle la vida insostenible, no escaseaba ni las calumnias ni los malos tratamientos.

Gordal, acostumbrado desde hacía ya mucho tiempo, al régimen de la prisión y á los golpes de sus guardianes, soportaba en un principio con bastante filosofía, el mal humor y el injustificado proceder de su compañero. A pesar de esto, se le subía á veces la sangre á la cabeza y se veía obligado á ahogar su cólera, cosa que le costaba mucho trabajo, á fin de evitar una cuestión que no hubiera dejado de redundar en perjuicio suyo y que indudablemente le hubiera costado el ser despedido del taller.

—¡Ya no aguanto más!—dijo una mañana á Norina, en ocasión en que estaban juntos pescando cangrejos en el arroyo del Fontenelle,—si *el bizco* continúa así, concluiré un día por cojerlo por la garganta y extrangularlo.

—Tened paciencia, amigo Claudio,—le dijo la muchacha sacando fuera del agua sus húmedos brazos y echándose á la espalda los rebeldes cabellos que le caían sobre los ojos,—eso pasará pronto... El *Champañés* no estará mucho en nuestra casa... Yo encontraré medio de que riña con mi padre y que éste le despidan... Hasta entonces es preciso ser cautos, por-

que él es muy malicioso y mientras estemos en este país debemos temer que llegue á averiguar de donde habéis venido.

Levantó la cabeza, y vuelta hacia Gordal, trató de animarle con cariñosa y sonriente mirada.

Estaba en aquel momento casi á la orilla del arroyo, con el zagalejo recojido hasta las rodillas y los cabellos flotando sobre sus hombros, cubiertos apenas por ajustada chaqueta, cuya descosida tela dejaba ver su blanca epidermis. Los inclinados árboles, que entrecruzaban sus ramas por encima de la corriente, la envolvían en una suave oscuridad, en cuyo fondo sus negros ojos brillaban como diamantes.

—Desgraciadamente—añadió bajando la voz—me temo que ese [bribon esté ya sobre la pista... A propósito, ¿no me habéis dicho que ocultastéis cerca de aquí vuestra chaqueta de uniforme?

—Sí, bajo una piedra, en el recodo que forma el Fontenelle.

—Si me hicieráis caso, os aconsejaría que fueráis á sacarla de allí y ocultarla en cualquier agujero. ó mejor aún, quemarla, lo cual sería más seguro.

—¿Creeis que el bizco la encontrará allí?

—Lo temo todo de hombre tan mal intencionado como el Champañés.

—¡Bah!—replicó con indiferencia Gordal,—si la mala fortuna quiere que yo sea descubierto, lo seré aunque me esconda bajo tierra... En mi vida he te

nido suerte más que el día en que me dirigí hacia aquí.

—Razon de más para que os quedéis—exclamó Norina frunciendo las cejas y saliendo de un salto fuera del agua.—¡No pensáis más que en vos!—continuó en tono de reconvención.

Había ido á sentarse al sol, entre la hierba del talud, y se había tendido con visible mal humor, con los codos apoyados en el suelo, la cabeza entre las manos y los dedos entre los cabellos.

Gordal fué á colocarse á su lado.

—¿Os habéis incomodado, Norina?—preguntó.

—Sí—replicó la muchacha con despecho:—os empuñáis en no hacer caso de nada y nada de lo que á los demás atormenta os inquieta á vos.

El muchacho la cogió de un brazo y se esforzó en descubrir su cara, que ella se obstinaba en tener oculta entre las manos.

—Perdon, querida Norina—balbuceó con suplicante entonación;—no ha sido mi ánimo afligiros... Si no pienso más que en mi, es por una mala costumbre que he adquirido, porque nadie, hasta que os he conocido á vos, se había inquietado jamás por lo que á mí pudiera ocurrirme. Pero sería preciso no tener corazón para olvidar vuestras bondades.

Había conseguido cojerla las manos y ella las había dejado entre las suyas. Los dos guardaban silencio y el bosque les mecía maternalmente en su rega-

zo, con sus zumbidos de insectos, sus ruidos de agua corriente y sus lejanos arrullos de palomas. Los floridos tallos de la serpoleta y de la mejorana, esparcían alrededor de ellos un grato perfume que se les subía á la cabeza, y Gordal experimentaba una deliciosa turbación que le cortaba la palabra y casi la respiración.

Norina levantó lentamente sus ojos, sobre el aprendiz cuyas negras pupilas se habían humedecido como las moras con el rocío.

—Me prometéis estar alerta, ¿no es verdad?—murmuró con voz tierna.—Me parece que el Champañés fragua algo contra vos.

—¿Por qué?

—Porque es muy celoso... y está conmigo más rabioso que nunca.. Esta mañana cuando estábamos en el taller, quiso abrazarme y le dí un bofetón; entonces, lleno de cólera, me dijo mirándome con muy malos ojos: «Si ese canalla de aprendiz estuviera en mi lugar, no serias tan arisca.» Se me acabó la paciencia y le dije en su misma cara: «¡Si, es verdad, le querría más que á un feo y bizco como vos!»

Gordal se había puesto muy colorado.

—Y... ¿es verdad eso, Norina?

—Yo no miento jamás—balbuceó Norina, escondiendo la cara entre la hierba y prosiguiendo con voz casi ahogada por esta.—¡Os quiero más que vos me queréis á mí!... He visto hace un momento que

os acostumbrarais á la idea de abandonarme, mientras que yo... si os marcháseis...

Se interrumpió para deshacerse en lágrimas.

—¡Norina, mi querida Norina, no llores!...

Levantó la cabeza de la muchacha, y trastornado por verla llorar, había acercado su cara á la de su amiga. Tierna, fraternalmente, trataba de enjugar sus lágrimas besándola en los ojos. Elia echó sus brazos bruscamente alrededor del cuello de su amigo y, por la primera, por la única vez, los labios de Gordal tocaron los virginales labios de Norina. La sensación de aquel primer beso penetró en las venas de los dos adolescentes como un filtro y les dejó por un momento aturdidos, trastornados. Un ruido de ramas, producido acaso por algún ciervo que iba á beber á la Fontenelle y que se había asustado á la vista de aquellos enamorados, les sacó de su éxtasis... Norina se puso en pie de un salto y, muy colorada, á la vez que alegre y confusa, se escondió á su vez desapareciendo por entre las plantas de al pie del arroyo.

Gordal quedó solo, con el corazón palpitante: sentía aún sobre sus labios la impresión deliciosa y húmeda de los de Norina; le parecía que los árboles daban vuelta á su alrededor, y que hasta el sol al ocultarse se deslizaba insensiblemente hácia el arroyo, cuyo ruido le parecía que aumentaba. Poco á poco volvió en sí y acordándose de la promesa hecha á Norina,

quiso aprovechar la ocasión de estar próximo á la piedra, bajo la cual había ocultado su comprometedor chaqueta y deshacerse de ella para siempre. Medio vacilante aún se dirigió hacia el ribazo del arroyo. Levantaba ya la piedra, cuando volviendo prudentemente la cabeza, vió al otro lado de la Fontenelle, hacia la mitad de la ladera, la lejana é inmóvil silueta del Champañés. Temió ser sorprendido en medio de su tarea y dejando caer la ancha piedra se sentó encima de ella como quien descansa de un largo paseo, afectó tirar piedras á la corriente, cortó una vara de un brote de un avellano y se alejó después con aspecto indiferente.

Durante un cuarto de hora, el vallecito de la Fontenelle quedó solitario. El ciervo á quien los dos jóvenes habían espantado, pudo haber bajado entonces de la espesura en que se había escondido á ir á beber el agua del manantial.

Los mirlos, los tordos y los grajos de las inmediaciones, así lo hicieron.

En el sitio en que Norina y Gordal se habían sentado, y cuyas holladas plantas conservaban aun la huella de sus cuerpos, el serpol y la mejorana enderezaban poco á poco sus acostados tallos, cuando otro importuno vino á pisarlos de nuevo.

El Champañés, que había estado agazapado en el bosquecillo de la opuesta pendiente se dirigió hacia el arroyo, que atravesó, y cuya corriente caprichosa

siguió con curiosidad hasta la blanca piedra en que Gordal había estado sentado; allí se detuvo, y sirviéndose de sus manos como de palanca, levantó rápidamente la piedra, brillando en su rostro un relámpago de satisfacción.

—¡Hola! — murmuró entre dientes, mientras desplegaba la chaqueta medio corroida por la humedad — ¡He aquí el *pastell*!

Examinó la chaqueta, dándola vueltas en todos sentidos; en el forro del cuello se podía leer aun, marcado con tinta de imprenta. «Cárcel de Cl... número 24,» lanzó un gruñido sordo volvió á colocar la chaqueta en su húmedo escondite y dejó caer la piedra.

— ¡Estaba seguro de ello! refunfuñó, — el pájaro se había escapado de la jaula de Auberive. ¡Ave del correccional, espera un poco, no tendrán tus alas tiempo para emprender de nuevo el vuelo!

Y metiéndose las manos en los bolsillos, subió silbando la pendiente, que, cortando el bosque, se dirige á la carretera. El ruido de sus herrados zapatos y la cadencia de su silbo, fueron apagándose paulatinamente entre los árboles y el valle volvió á tomar su silencioso y solitario aspecto.

El Champañés reapareció á la hora de comer y dijo que había ido á Colmiers á casa del afilador á llevarle una herramienta para que la afilase. Estaba más hablador y de mejor humor que de costumbre, por

lo que el tío Vincar le dijo «que debía haberse *bebido* hasta la muestra de la taberna». Norina y Gordal, conmovidos aún por la brusca revelación de su amor, y completamente ocupados en saborear sus recuerdos, tomaban poca parte en la conversación. La comida les ocupó poco tiempo y se fueron á acostar.

Al día siguiente por la mañana, salió el sol resplandeciente, en un cielo de verano muy puro. La obra que tenían en el taller era mucha y urgente, y empezaron muy de mañana la tarea. El tío Vincart y el Champañés, inclinados sobre sus bancos, vaciaban con el taladro las almadreñas, ya trazadas, y las pasaban á Norina, quien los concluía valiéndose del escoplo.

Gordal colocaba en seguida las unas al lado de las otras, las almadreñas concluidas y las ahumaba á un fuego lento de virutas verdes.

A cosa de las diez, se detuvieron para comer una empanada y beber un trago de vino, y después de haber trabajado con las manos, trabajaban alegremente con los dientes. De repente, al levantar la cabeza para llevar la botella á los labios, el tío Vincart vió moverse una cosa extraña entre los árboles del bosquecillo de enfrente. Las ramas, bruscamente separadas, dejaron ver sombreros apuntados y uniformes.

— ¡Hola! — exclamó — A alguien buscan.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Norina les había visto al mismo tiempo que su padre.

—¡Los gendarmes!—exclamó—¡Huye, Claudio!...

Gordal estaba ya en pie y dispuesto á huir cuando una zancadilla del Champañés le echó al suelo. En el mismo momento un hombre se lanzó entre ellos saliendo de detrás de la choza y el aprendiz se sintió cogido, al levantarse, por una mano de hierro cuyo propietario adivinó quien era, por la presión que sus dedos ejercían sobre sus carnes.

—¡Tunante!—exclamó el celador Seurrot, sacudiendo al desgraciado muchacho;—¡al fin te encuentro!... ¡Esta vez yo te quitaré la gana de correr!

Y según le decía esto le daba golpes en los riñones.

Gordal, pálido, con los dientes apretados, recibía los golpes sin chistar. Los gendarmes habían abandonado la orilla del bosque y llegaban á la carrera.

Norina se había aterrado de tal modo, que no podía hablar. Sus negros ojos se habían puesto amenazadores y sus manos se crispaban.

—¡Miserable! ¡infame!—exclamó por fin, dirigiéndose al Champañés;—¡tú eres quien le ha vendido!

El Champañés, con maliciosa sonrisa, se encogió de hombros y volvió la espalda.

—Champañés—dijo el tío Vincart—¡indignado—¡jamás hubiera creído yo eso en tí! Después, dirigiéndose á los gendarmes.—¡Perdon señores!—añadió.

¿Porqué queréis llevaros á este muchacho?

—Este muchacho—respondió con severidad el cabo Fondreton,—es un pillete que se ha escapado de la prisión de Auberive y que vamos á entregar allí incontinenti... En cuanto á vos, tío Vincart, habéis hecho mal en ocultar á semejante bribon sin dar parte á la autoridad, y por consecuencia, correis peligro de ser perseguido como cómplice... *¡Dicho esto, en marcha!*

Pero Norina se había interpuesto entre los gendarmes y Gordal y trataba de arrancar á éste de las garras de Seurrot.

—¡Os lo ruego! ¡Dejadle, señores, dejadle!... suplicaba.—¡No es malo; trabaja, y con nosotros llegará á ser un hombre de bien, mientras que allí, con todos aquellos presos, se perderá... se perderá!... ¡Os respondo de él señores; dejadle; haremos de él un buen obrero!

El amor la sugería argumentos que, á su parecer debían convencer á cualquiera persona sensata; pero los gendarmes se mostraban impasibles, ni más ni menos que si hubieran sido de piedra.

Norina se obstinaba en cerrarles el paso, y el celador Seurrot la separó bruscamente.

—¡En marcha!—dijo arrastrando á su prisionero.

—¡Norina, tío Vincart, adios!—articuló al fin Gordal con voz ahogada;—¡jamás os olvidaré!

La escolta y el detenido se alejaron rápidamente por el bosque.

Norina se empeñaba en seguirles, y á los gendarmes les costaba mucho trabajo mantenerla á distancia. Les suplicaba en vano, que la dejaran abrazar á su amigo por última vez. Cuando vió que permanecían insensibles se enfureció.

—¡No tenéis corazón!—exclamó—no os da vergüenza ser tres á torturar á un pobre muchacho!... ¡Pero no lo dejaré así, iré á quejarme al prefecto, al mismo emperador!... Claudio es nuestro yo le quiero, le quiero!... ¡Devolvedmelo!

Desmelenada, con los ojos despidiendo chispas, llenaba el bosque con sus lamentos. Les siguió hasta el extremo del bosque; allí, agotadas sus fuerzas, ronca á fuerza de gritar, se dejó caer á la orilla del camino.

—¡Norina,—murmuró Gordal, mientras que Seurrot le empujaba hacia la carretera,—todo es inútil, vuélvete!... ¡Adios, te quiero mucho!

—¡Claudio!...—exclamó la pobre niña con voz ahogada.

Los gendarmes y el prisionero se alejaron por el polvoriento camino y, siempre detrás de ellos se elevaba la voz de Norina que decía: ¡Claudio! ¡Claudio mío!...

—¡Gendarme Schenepp,—decía á su subordinado, el cabo Fondreton mordiéndose los bigotes,—los gritos de la muchacha me revuelven el estómago como

un redoble de tambor.. Hay momentos, Schenepp, en que es difícil armonizar el servicio con los sentimientos... indudablemente.

VI.

La misma noche del día en que ocurría esta escena, el director de la prisión llegó muy alegre al comedor de la posada, en donde el guarda general Ivert le esperaba para comer.

—¡Bien os había yo dicho que no iría muy lejos—exclamó; —los gendarmes y el jefe de los celadores, han cogido á mi fugitivo en un escondrijo del bosque y lo han traído más que de prisa. A estas horas descansa en el calabozo...

Se sonrió con crueldad y sus ojos expresaron inoble fiereza, luego añadió, haciendo una expresiva pantomima con su roten de puño de marfil:

—¡Seurrot estaba furioso, y antes de encerrar al tunante, le ha administrado una corrección que le quitará el disgusto de los paseos al aire libre!

La corrección debía, en efecto, curar para siempre á Gordal de tales deseos. Después de haberle molido á golpes, Seurrot había encerrado en una celda á su prisionero, que estaba completamente sudando aún, por su larga excursión en pleno sol.

Gordal pasó bruscamente de la cálida y alegre luz de los caminos á un oscuro calabozo, cuyas paredes